

## La paciente

La lluvia caía con fuerza calándose entre la techumbre pajiza de las chozas del poblado de Bukavu, al sur del Congo. Yo me encontraba en el hospital de campaña recuperándome, si se le puede llamar así, de mis heridas, pero lo que realmente me dolía era el alma. Estaba asustada y absorta, nada me importaba ya. Miraba el rojo atardecer congoleño a través de la ventana sin esperanzas, con el único deseo de morir, pero sin los arrestos suficientes para hacerlo por mis propios medios, por lo que esperaba resignada que la muerte llegase por sí sola.

No era la única refugiada, la sala donde me encontraba estaba atestada de niñas y mujeres que, como yo, habían sobrevivido milagrosamente al infierno, pues no hay otra forma de describirlo. Aún continuo sin poder descifrar sus caras, es un horror tan sobrehumano el que se vive en este lugar que sobran las palabras, pocas mujeres consiguen resistir a la oleada de barbarie que asola nuestra región. Ejércitos regulares, grupos rebeldes, facciones militares, eso apenas importa, todos violan, torturan y matan impunemente mientras los gobiernos occidentales miran hacia otro lado; es la hipocresía de la globalización. En África se hacen cosas horribles, habría que deshumanizar a las personas para que comprendieran la espeluznante realidad que aquí se vive; pero claro, África no importa a nadie, aquí no hay petróleo, irónico ¿Verdad?

Esas niñas y mujeres que me rodeaban no tenían rostro, miraban sin mirar, era como si estuvieran muertas en vida, y así me sentía yo también. Es increíble el horror y la destrucción que el ser humano puede desatar. La sala olía a sangre seca, las moscas y mosquitos inundaban la habitación y la estampa era horrible, dantesca y sobrecogedora. Muchas de estas mujeres habían llegado hoy y muchas de ellas por desgracia, aunque para mí sería una liberación, no pasarían de la primera noche. Todas estábamos heridas en diferentes partes del cuerpo, pero había una llaga, por llamarla así, común a todas nosotras, algo que nos marcaba y estigmatizaba y que se encontraba en nuestra entrepierna, fruto de las más salvajes atrocidades y violaciones. La sala era el reflejo tremebundo del caos y la desolación, bolsas de sangre vacías yacían apiladas en las esquinas de las camas junto con gasas y toallas ensangrentadas, mientras el llanto y los

sollozos ahogados se compaginaban con el repiqueteo de la lluvia contra la ventana. La luz se había apagado en nuestros corazones.

Hace dos horas que me vio el médico Denis Mukwege, ginecólogo del hospital, para comprobar si al igual que muchas de mis compañeras estaba embarazada, afortunadamente no era mi caso, pero eso no solucionaba nada. Mukwege había visto cosas horribles a lo largo de su vida, pero las violaciones de niñas le seguían causando sugestión, podía observarse en su cara. Seguidamente me preguntó si había dormido, le dije que sí y se marchó para atender a las demás pacientes.

Mentí, en realidad llevaba haciéndolo desde que llegué. Apenas había podido pegar ojo en los últimos seis días, no podía borrar el estupor que sentí, ni el horror de aquel fatídico 12 de abril en el que me encontraron, medio desangrada, en lo que hasta entonces había sido mi casa. Son vagos los recuerdos que mantengo de ese funesto día, sólo recuerdo los gritos y a mi madre sufrir una violación tras otra mientras le pegaban e introducían por su vagina cuchillos y palos. Yo tuve mejor suerte, y en cierto modo me odio por ello, tan sólo fui violada por uno, el jefe del grupo guerrillero, que se fijó en mí y amenazó a sus hombres para que ninguno me tocara, sólo me quería para él. Me violó durante horas, luego me golpeó la cabeza y el silencio y la paz se apoderaron de mí. Cuando recuperé el conocimiento escuché cómo se marchaban y quemaban las chozas y cómo mis dos hermanos pequeños gritaban arrastrados por los guerrilleros que se los llevaban para convertirlos en niños soldado. Mi madre yacía muerta frente a mí, desangrada, casi no podía distinguir su cara detrás de las heridas y la hinchazón, estaba bañada en sus propias vísceras, fue entonces cuando comprendí que jamás volvería a llorar, ni a sentir, ni a vivir.

Y aquí me encuentro, en una fría sala de hospital, viva gracias a la caridad de los pocos congoleños que aún creen en la bondad solidaria del ser humano y donan su sangre, única propiedad que les queda, para salvar a personas que al igual que yo, están ya muertas por dentro. Es como si la vida se te escapara entre los dedos, sin fuerzas para continuar, ni vivir, anhelando que el mudo entero deje de ignorarnos.